

Vidente Bernabé Nwoye / Olo, Estado de Enugu, Nigeria

Tercer Cenáculo - Marzo 2013

<http://preciousblood95international.com/>

Fotos del Tercer Mes de Cenáculo en preparación
para el desvelamiento del Crucifijo Gigante.
Adoración del Santísimo Sacramento.



**PROGRAMA PARA EL TERCER MES DE CENÁCULO
HACIA LA PREPARACIÓN
PARA EL DESVELAMIENTO DEL CRUCIFIJO GIGANTE**

JUEVES: 21 de Marzo de 2013 – Primer Día

❖ Llegada:	09:00 am
❖ Inscripción:	09:00 am – 11:30 am
❖ Oraciones de Apertura / Ángelus:	12:00 mediodía
❖ Himnos: Himnos al Espíritu Santo	
❖ Oraciones: Santo Rosario; Coronilla de la Preciosa Sangre, Oraciones de Consuelo, etc.	
❖ Primera Lección (del 22 de Julio 2000):	03:00 pm
❖ Meditación	– 5 minutos
❖ Resumen / Explicación:	03:30 pm – 5:30 pm
❖ Himnos / Repaso	– 30 minutos
❖ Ángelus:	06:00 pm
❖ Descanso y Cena:	06:00 pm – 8:00 pm
❖ Preparación para la Santa Misa / Confesión:	08:00 pm – 9:00 pm
❖ Santa Misa:	09:00 pm
❖ Hora de Getsemaní:	11:00 pm – 3:00 am
❖ Vigilia por grupos:	03:00 am – 5:30 am

VIERNES: 22 de Marzo de 2013

❖ Aseo personal / tiempo libre:	05:30 am – 6:30 am
❖ Misa Matutina / Adoración:	06:30 am – 8:30 am
❖ Himnos	– 30 minutos
❖ Segunda Lección (del 25 de Julio 2002):	09:00 am
❖ Meditación	– 15 minutos
❖ Resumen:	09:30 am – 11:30 am
❖ Descanso y Comida:	11:30 am – 12:50 pm
❖ Experiencia del Desierto:	01:00 pm – 2:30 pm
❖ Coronilla de Renovación / Letanías del Espíritu Santo:	02:30 pm – 3:00 pm
❖ Tercera Lección (del 14 de Julio de 2002):	03:00 pm
❖ Meditación	– 15 minutos
❖ Resumen:	03:30 pm – 5:30 pm
❖ Procesión rezando el Rosario (5 Misterios) y la Coronilla de la Preciosa Sangre y Letanías:	05:30 pm – 7:00 pm
❖ Descanso y Cena:	07:00 pm – 8:30 pm
❖ Confesión y Preparación para la Santa Misa:	08:30 pm – 9:30 pm
❖ Santa Misa:	09:30 pm
❖ Vigilia por grupos:	12:00 medianoche

SÁBADO: 23 de Marzo de 2013

❖ Santo Rosario:	05:00 am
❖ Aseo Personal:	05:00 am – 6:00 am
❖ Misa Matutina / Adoración:	06:30 am – 8:30 am
❖ Cuarta Lección (del 13 de Julio de 2002):	09:00 am
❖ Meditación	– 15 minutos
❖ Resumen:	09:30 am – 11:30 am
❖ Bendición y oraciones de cierre:	11:30 am – 12:00 mediodía
❖ Anuncios y salida:	

iSangre Preciosa de Jesucristo! – ¡Sálvanos a nosotros y al mundo entero!

ORACIÓN POR EL TRIUNFO DE LA CRUZ

Levántate, ioh, Cristo victorioso!
Levántate, ioh, Vencedor de la muerte!
Levántate, ioh, Anciano de los días!
Levántate ioh, Poderoso Defensor de Israel!
Levántate, ioh, León de la Tribu de Judá!
Levántate, ioh, Pastor de Israel!
Levántate, ioh, Misericordioso Agonizante Jesucristo!

Tú prometiste atraer a todos los hombres hacia Ti cuando fueras levantado.
¡Contéplate, levantado en mis cruces diarias como lo estás en este Crucifijo Victorioso
que anuncia Tu Triunfo, y declara la libertad y la victoria a Tu pueblo!
Levántate y defiende a Tu pueblo que eleva sus ojos,
sus mentes y su fe en la Victoria de Tu Santa Cruz.
Dale la salvación a todos los que contemplan Tu Cruz Agonizante, con fe y amor.

Así como Tú has sido elevado en la Cruz,
levántate y atrae a todos los hombres hacia Ti.
Conquista los corazones de los hombres, ioh, Vencedor de la muerte!
Libera a los cautivos, ioh, Poderoso Defensor de Israel!
Resucita a los muertos y dale la vida a estos huesos secos
en Tu Iglesia y en el mundo, ioh, Anciano de los días!

Vence a la bestia, el dragón rojo, el anti-Cristo, el hombre de iniquidad,
Lucifer y sus agentes, ioh, gran León de la Tribu de Judá!
Dale Paz a Tu rebaño, ioh, Pastor de Israel!
Que Tus ovejas Te sirvan en santidad y en paz.
Que el Reino de Tu Justicia descienda a la Tierra;
para que Tu pueblo Te alabe con gozo y libertad.

Victoria, Victoria, Victoria, ioh, Santa Cruz, sobre la que Mi Salvador
fue colgado sangrando por amor a mí!
Victoria, Victoria, Victoria, ioh, Santa Cruz de Jesucristo, la Luz del mundo!
Victoria, Victoria, Victoria, ioh, Santa Cruz, la Señal de nuestro Triunfo!
Amén.

INVOCACIÓN PODEROSA DE PROTECCIÓN

¡Adoración! ¡Adoración! ¡Adoración a Ti, oh, Arma poderosa!
¡Adoración! ¡Adoración! ¡Adoración a Tu Sangre Preciosa!
Misericordioso Jesucristo Agonizante,
derrama Tu Sangre Preciosa sobre las almas.
Satisface nuestra sed y vence al enemigo.
Amén.

¡Poderosa Sangre de Salvación, combate al enemigo!
(Rezar 3 veces)

PRIMERA LECCIÓN

Fecha: 22 de Julio de 2000 / Hora: 7:30 pm

Lugar: Capilla de Nuestra Señora de Lourdes, en Imezi Owa

HIJOS MÍOS, NO HAY OTRO CAMINO, MAS QUE EL CAMINO REGIO DE LA CRUZ

En nuestra oración de la Novena, vi en una visión, a Nuestro Señor cargando Su Cruz en el duro camino del Calvario. En poco tiempo, la nube descendió y cubrió todo el lugar. En la nube apareció el Santo Agonizante Jesucristo, que calmadamente dijo:

“Hijos Míos, Mi Camino es un camino desierto. Yo les digo, es un camino de Calvario. Un camino estrecho y muy pedregoso. Yo guío a todos Mis amantes a través de este Camino de Gracia hacia la Tierra de la Felicidad.

Hijos, no hay otro camino que pueda llevarlos hacia la Tierra de la Felicidad, que el Camino Regio de la Cruz. Este camino está escondido. Aquellos que lo encuentran, encuentran la vida, pero al parecer sólo pocos lo encuentran. Hijos, no todos los que lo encuentran, lo siguen. Yo les digo, son sólo muy pocos los que lo encuentran y lo siguen. Y no todos los que lo siguen alcanzan la Tierra de la Felicidad. Hijos, sólo poquísimas personas poseen la Tierra de la Felicidad.

Este camino real es un Camino de Gracia para aquellos que Me aman. Ellos ven el Océano de la Gracia Santificante en todo el camino. Esta Gracia es fuente de poder y fortaleza para ellos. Ellos la abrazan y permanecen firmes. Pero para aquellos que odian Mi Cruz, es un camino de tropiezos.

Hijos, Mi Camino es fácil para aquellos que aman Mi Cruz. Éste es el camino de la felicidad, porque su final es una tierra llena de felicidad y de gozo. Aunque hombres poderosos se han parado en el camino; se paran en el momento en que su amor por Mí y por Mi Santa Cruz se desvanece.

Hijos, nadie puede caminar a través de esta Tierra, hacia la tierra de la felicidad, si no tiene verdadero amor por la Santa Cruz. El verdadero amor no tiene apegos hacia sí mismo. Él se tiene a sí mismo crucificado. El verdadero amor se abaja a sí mismo y toma la posición más baja. Él elige servir en vez de ser servido. El verdadero amor no tiene apego al mundo. Él extiende la totalidad de su amor ante Aquél que murió de amor por él. **El verdadero amor se da cuenta que el morir por Aquél que ama es mayor a cualquier amor que él pudiera mostrarle a su Amado.** El verdadero amor sigue a su Amado a dónde quiera que Él vaya. Él se goza con Él y sufre con Él cuando sea que esto ocurra.

Yo Soy el Agonizante Jesucristo, que los llamó a que Me siguieran. Mi Camino es un camino desierto. Yo les digo, es un camino de Calvario. **Yo estoy llamando a todos Mis amantes a que Me sigan a través de este regio Camino de la Cruz. Yo lo escogí por su bien. Éste es el camino que Mi Padre ha reservado para Mí desde el principio para su salvación. Éste fue el camino que Yo seguí para liberarlos.** Dejen que todos Mis amantes lo sigan hacia nuestro dichoso Hogar. El camino que están siguiendo no es el camino verdadero. Ese camino ancho que muchos siguen, los lleva a la perdición. Éste es el camino que el enemigo hizo para engañarlos. Él lo hizo ancho y ligero para poder atraerlos.

Hijos, recuerden que Yo atravesé desiertos y mares buscándolos. Ésta es la misma ruta que ustedes deben seguir para regresar a Casa. Yo les digo, no hay otra ruta. Es por esto que Mi Camino es un camino desértico, muy pedregoso, un desierto frío y caliente. Si ustedes no se hubieran extraviado y alejado tanto en este espantoso desierto, Yo no hubiera tenido que venir a buscarlos. Y no existiría nada parecido al camino desértico que Yo les enseño ahora. **Hijos,**

ustedes penetraron hasta el fondo de un aterrador desierto. Yo atravesé un estrecho y duro camino buscándolos. Vengan, hijos Míos, vámonos a Casa. ¡Sígueme! Éste es el Camino que lleva a nuestra Casa de la Felicidad.

Yo Soy el Agonizante Jesucristo, el Pastor Principal, que viene a salvar a Su rebaño. Sígueme, es un camino duro. Yo los amo a todos. Yo estoy con todos ustedes. Yo los bendigo a todos."

Inmediatamente la visión terminó.

SEGUNDA LECCIÓN

Fecha: 25 de Julio de 2002 / Hora: 9:00 pm
Lugar: Mi Altar de Reparación en Awka.

LOS VERDADEROS AMIGOS DE CRISTO

En mi oración de la Novena en esta hora, tuve una visión del Santo Rostro Agonizante de Jesucristo, que calmadamente dijo:

"Hijo Mío, hay muchos que Me llaman Amigo pero son traidores. **Yo sólo tengo un grupo de amigos y amantes. Son los amigos de la Cruz, los amantes de la Cruz. Estos son los amantes que permanecen como Mis consoladores en el Calvario y en el camino sangriento de tu Cristo.** Ellos son los amantes que Me siguieron a pesar de la turba de gente malvada y llena de odio, los que lloraron por Mí y Me consolaron. Estos son los amigos que compartieron Conmigo Mi agonía.

Como Mi gran amante Verónica, ellos arriesgan sus vidas para limpiar Mi Rostro Sangriento en medio de los malvados soldados. Como María de Magdala, son amantes valientes que dejaron todo para ganar el Corazón de Cristo, su Salvador. Ellos son como Juan, que encontró la dulzura del Amor en la dulce Cruz de la Gracia. Ellos son como Mi Madre, la Madre del Amor. Hijos, estos son Mis verdaderos amigos y verdaderos amantes.

Hay muchos que Me llaman Amigo por causa de algún milagro. Estos no son Mis verdaderos amigos ni amantes. Ellos son los enemigos de la Santa Cruz. Ellos son los traidores como Judas Iscariote; ellos son esclavos de la posición, la autoridad, el poder, la prosperidad y los milagros.

Hijos, estos son los grupos de amantes que Yo curé; pero que luego, Me arrestaron, Me golpearon y Me crucificaron. Ellos no son consoladores. Ellos no son portadores de la Cruz. Su preocupación es Mi milagro. Oh, miren qué lejos están del conocimiento del Reino. Ellos están persiguiendo las peores cosas que no tienen valor en la vida.

Escuchen, hijos Míos, ustedes no pueden ser Mis verdaderos amantes al menos que sean Mis consoladores. Ustedes no pueden ser Mis verdaderos amantes a menos que sean amigos y amantes de la Santa Cruz. Yo les digo, ustedes deben amar su cruz. Ustedes deben cargar su cruz y seguirme. Ustedes deben amar el angosto camino hacia la perfección, el camino del Calvario hacia la salvación y seguirlo. Mis grandes amantes Me ayudarán a cargar todas las cruces rechazadas, que Mis falsos amantes abandonaron para que Yo las cargue.

Mis amantes encontrarán que Mi Cruz es ligera y que su dolor es dulce. Oh, Mis grandes amantes, a ustedes les revelaré el Misterio de Amor. Ustedes son Mis verdaderos amigos. Yo los amo. Yo los recompensaré con el mejor de los regalos por todo lo que ustedes han hecho por Mí. Yo los cuidaré siempre. Pronto, estas cruces de ustedes serán un trono de gozo.

De modo que los bendigo, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.”

Inmediatamente la visión terminó.

TERCERA LECCIÓN

Fecha: 14 de Julio de 2002 / Hora: 9:00 pm

Lugar: Mi Altar de Reparación, Awka.

NO HAY UNA VIDA FÁCIL... EN MEDIO DE PELIGROS Y GUERRAS

En mi oración durante esta hora, tuve una visión sobre una Santa de Dios que descendió con una Rosa y un Crucifijo en su mano. Ella se me acercó y suavemente me dijo:

“Amigo del Amado, vengo para compartir contigo y con todos los hijos de Dios un mensaje de amor. Jesús me ha enviado a ti para darles más luz sobre todos los Mensajes que has recibido este mes. Amigos, he venido para detener la ola de confusión que surgirá al dar los pasos hacia el camino de la perfección.

Escuchen, mis amigos, todos los hombres están llamados a seguir el Camino de la Perfección. Éste es el único camino hacia la Tierra de la Felicidad. Aquellos que se lo pierden, pierden el camino y tienden hacia el Infierno. Sean sabios en seguir el Camino de la Perfección. Escuchen de nuevo, **el Camino de la Perfección es tan duro que sólo los hombres de gran fe y los más grandes amantes logran llegar a la meta.** Aquellos que se den por vencidos en el camino, no tendrán parte en la tierra de la felicidad y del gozo.

En el camino, hay muchas naciones malvadas y pecadoras a las que ustedes deben vencer antes de heredar la tierra de paz. Aquellos que sean vencidos por estas naciones, no tendrán parte en la tierra de la felicidad y del gozo. Entiendan, muchos se rendirán ante estas naciones. Algunos, se unirán a ellas en sus caminos pecadores y adorarán a sus dioses. Pero felices aquellos que peleen hasta el final porque ellos gozarán de la mayor felicidad.

Amigos, la unión de estas naciones es el mundo en el que ustedes viven; aquellos que siguen al mundo en sus caminos pecaminosos no tienen parte en el Reino de la Paz. No existe la vida fácil para los hijos de Dios que están marchando camino a Casa en medio de los peligros y de las guerras. No hay descanso o placeres en el recorrido, ya que el camino es uno desértico. Aquellos que están deseosos de los placeres, ya que el recorrido comenzó, pronto se darán por vencidos y se unirán al mundo inicuo. **Amigos, yo les digo, que todos los que están apegados a la vida les parecerá muy difícil de seguir.** Todos los que están apegados a las riquezas les parece duro seguirlo. Todos los adoradores de milagros apenas lo seguirán.

Recuerden lo que pasó a los israelitas de la antigüedad en el desierto y entiendan esta lección. Como vieron en las Escrituras, ninguno de los buscadores de placeres, ni aquellos que veneraban sus vidas y estaban apegados a ella, ni aquellos que eran buscadores de milagros entre los israelitas, entraron en la tierra de Canaán; me refiero a la tierra prometida. **Oh, vean**

como solo dos, entre miles y miles de personas del pueblo de Dios que salieron de Egipto, entraron en Canaán, la tierra prometida. Estos fueron Josué y Caleb. Ellos fueron hombres de gran coraje y determinación, crucificados a sí mismos y de fe, con temor de Dios, y gigantes amantes de la Ley de Dios. Estos fueron los hombres que merecieron la tierra prometida.

En esta última era, en que la oscuridad y el error del modernismo han llenado al mundo, Jesucristo ha elegido enviarles a Sus Santos a fin de llamarlos de regreso y dirigirlos hacia el camino de la perfección. Él les ha dado la Rosa de la Perfecta Pureza a través de Sus Santos. No sólo esto, Él les ha dado las Lecciones de la Paz Dorada a través de Sus Santos. Él tiene más que darles a través de Sus Santos, sólo si ustedes permanecen en Su Amor. **Las lecciones de la Paz Dorada están fundamentadas en una vida de oración y una vida de separación del mundo.**

En su vida de oración, ustedes están llamados a tener una unión perfecta con su Dios. Esta unión es una relación amorosa entre el alma y su Dios. Aprendan las lecciones de los Santos y crezcan. Su vida de separación es su total desapego del mundo. Recuerden las palabras de Nuestro Salvador Jesucristo, que dijo: **“Ustedes están en el mundo, pero no son del mundo”.** **No se les está diciendo que dejen el mundo y entren en un desierto y vivan; se les está diciendo que vivan una vida monástica en este mundo pecador.** Yo les digo, vivan entre los hombres del mundo e influyan sobre ellos con la santidad de sus vidas. Atraigan a todos los hombres a Dios con la dulzura de la pureza. Ésta es la vida de separación a la que están llamados a vivir.

La vida de oración y la separación del mundo del pecado tienen una meta en común que alcanzar. **La meta es el Gran Sello, la marca de propiedad. Esto es, el Tabernáculo Vivo en las almas de los hombres que Dios desea enormemente establecer en todas las almas.** El Tabernáculo Vivo de Dios en el alma de los hombres es el Reino Glorioso que ustedes están esperando. En ese tiempo, los hombres gozarán una relación amorosa con su Dios. **Desapéguese a sí mismos del mundo del pecado y crezcan en su vida de oración. Ustedes crecerán para ser un Santo de Dios.** Yo soy su hija Cecilia. Yo siempre rezo por todos ustedes. Que la gracia de Jesucristo permanezca con todos ustedes. Los dejo. ¡Adiós!”

Inmediatamente la visión terminó.

CUARTA LECCIÓN

Fecha: 13 de Julio de 2002 / Hora: 8:00 pm
Lugar: Mi Altar de Reparación, Awka.

LA TRAVESÍA POR EL MUNDO ES COMO UNA BATALLA... ÁRMENSE

Hoy es el primer día de los tres días de adoración en honor a la Santísima Trinidad, que nos ofreció el Don de la Preciosa Sangre. Durante mi oración, vi en una visión a Nuestra Señora con una Rosa en Su Mano. Ella dijo calmadamente:

“Hijos Míos, estoy feliz de ver que han recibido toda la formación necesaria acerca de la Verdadera Paz y del Poder del Silencio. Ustedes pueden ver ahora su nivel de crecimiento espiritual. Dense prisa en abandonar el nivel de vacío total. Libérense de la atadura del miedo. Sean libres y disfruten del verdadero descanso.

Yo soy su Madre, la Madre del Agonizante Jesucristo. Yo soy la Rosa Mística, la Flor de la Pureza. **He venido para llamarlos a que sigan el camino de la perfección que se les ha mostrado. Este camino pareciera duro de seguir, pero es fácil para los que aman a Jesús.** Jesús les enseñará mucho sobre el amor durante la oración de los doce días por el Pueblo de Israel. Aprendan de Él. Crezcan en el amor. El camino será fácil de recorrer.

Hijos, ustedes han aprendido de Jesús lo que es la Cruz de Perfección. Yo veo a Mi Jesús ofreciéndoles esta Cruz. Ésta es la Cruz del Amor, de la Humildad, del Perdón y de la Verdad. Que ustedes la reciban de Él. Jesús les ha dicho que Su Camino es un camino desértico, muy duro y pedregoso. Es un desierto con vientos abrasadores. Él quiere que todos ustedes lo sigan porque es la única salida. Verdaderamente, es la única forma hacia Nuestro dichoso Hogar. ¡Síganlo! Su Madre los está llamando a que lo sigan. Él es su Maestro. Él es su Señor y Su Salvador. Él no permitirá que ustedes mueran. Su Amor los protegerá. Su Misericordia habrá de satisfacer su sed. Él es el Pan de Vida. Todos los que lo sigan disfrutarán de la Luz y de la Paz del Paraíso. **Yo estoy rogándoles a Mis hijos que carguen sus cruces y sigan a Mi Jesús que los ama. Ustedes verán el Paraíso.**

Hijos, mientras recorren el camino de la perfección con sus cruces en sus hombros, agáchense y recojan los pétalos de la Rosa de la Perfecta Pureza esparcidos a lo largo del camino de salvación. Oh, no pasen de largo; agáchense y recójalos. Yo les digo, reúnan estas Rosas y estos pétalos de la Rosa de la Perfecta Pureza cuando los encuentren en su camino. Estos son la fuente de su gracia. Aquellos que rechacen estas Rosas y pétalos de la Rosa de Perfecta Pureza, pronto se rendirán. Hijos, Yo no quiero que ninguno de ustedes se rinda. Jesús tampoco lo quiere. Es por esto, que Él esparció las Rosas de la Pureza en el camino sangriento de la perfección y de la salvación. Aquellos que las recojan, tendrán suficiente gracia para continuar el recorrido de su vida. Yo estoy rogando a todos Mis hijos que se agachen y recojan estas Rosas.

Hijos, este camino de la vida es como una batalla. Vístanse con el delantal de la humildad y ármense con el Fuego de la Pureza. Ustedes vencerán.

Hijos, perseveren en su fe. No abandonen sus oraciones. Recuerden que ustedes no deben rezar como los paganos o los grupos pentecostales del mundo. Escuchen las lecciones de los Santos y sean hijos buenos y fieles del Altísimo Dios. En este nivel, los llamo de nuevo a seguir la tendencia de la Paz Dorada a fin de vivir en unión con su Dios en una Perfecta Relación. Si ustedes hacen todas estas cosas, ustedes se convertirán en extraordinarios amantes. **Habiendo amado mucho, el camino de la Santa Cruz será fácil para ustedes. Si ustedes perseveran hasta el final, ustedes gozarán la Paz del Paraíso. Su casa será el Cielo.**

Hijos, ustedes pueden ver que mucho se les ha dado. Entonces, ¿a quién culparán si ustedes caen en el camino? Recen para que no le fallen a Jesús. **El Cielo se llenará de júbilo cuando ustedes lleguen con las canciones de la victoria. Hijos, que Yo los vea a ustedes en nuestro dichoso Hogar. Que Yo los vea allí.**

Mañana, Santa Cecilia los amonestará grandemente. Luego, Yo vendré el último día de estos tres días de oración para informarles cómo Mis hijos serán instruidos con estas lecciones. Yo también les enseñaré más sobre la verdadera Paz. Que Jesús los bendiga. Permanezcan en la Paz del Cielo.”

Inmediatamente la visión terminó.

MEDITACIONES ESCRITAS POR EL HERMANO BERNABÉ SOBRE LAS LECCIONES DADAS EN EL TERCER CENÁCULO DE ORACIONES

EN LA VÍA AL CALVARIO

MEDITACIONES SOBRE LA PRIMERA LECTURA DEL TERCER MES DEL CENÁCULO.

TEMA: CARGANDO LA CRUZ CON PACIENCIA.

Santo Tomás dice: *"La paciencia es una virtud que fortalece al alma contra los movimientos de la tristeza. Ella los modera y los reprime, y no nos permite hacer o decir algo que sea contrario al recto razonamiento."* También ella nos inspira con coraje a soportar las adversidades de esta vida, y en medio de las más crueles contradicciones, nos mantiene inamovibles y fieles hasta al más pequeño de nuestros deberes.

GRADOS DE PACIENCIA

1. El primer grado consiste en llevar nuestras cruces con cierta facilidad mental, pero no sin dificultad, murmuraciones ni quejas. En este grado, buscamos con ansiedad cualquier forma de alivio y consuelo, pero sin llegar a emplear cualquiera que sea culposamente mala. Somos cuidadosos en no oponernos directamente a la voluntad de Dios, pero nos contentaríamos si Él acomodara Su Voluntad a la nuestra.
2. El más perfecto grado de virtud de la paciencia consiste en una entera sumisión a la Voluntad de Dios a todas las cruces que Él quiera enviarnos. Este grado no nos exime que sintamos o suframos, sino que nos alienta a superarlas. La persona actuaría como si en cierto modo hubiera perdido la sensibilidad.

El Espíritu Santo dice: *"Es mejor ser paciente que poderoso. Es mejor controlarse a sí mismo que poseer ciudades"* (Proverbios 16, 32). Éstas son palabras importantes que nos enseñan a no envidiar a los conquistadores de este mundo. Hay que saber con certeza que todos nuestros sufrimientos son un campo de batalla, donde uno puede lograr las más sorprendentes y gloriosas victorias. Reconocemos el coraje de un soldado y juzgamos su valentía, no por la impetuosidad con que corre hacia el enemigo, sino por el esfuerzo que hace para resistir el ataque. Esto es, no por su ardor sino por su paciencia. Yo admiro más a un cristiano, que pacientemente carga su cruz que a cien guerreros que corren hacia el peligro por ciegas pasiones.

El hombre paciente siempre es dueño de sí mismo, es siempre superior al sufrimiento y su rostro sereno no sufre alteración. El soldado en la batalla por el contrario, no tiene dominio de sí, su impetuosidad lo arrastra y lo esclaviza.

En un Cristiano que sufre, todo es grande, porque él triunfa sobre sí mismo; todo es noble, porque él sufre por Dios; todo es magnánimo, porque él lucha adolorido pero en calma y tranquilidad. *"Es por la paciencia"*, —dice Tertuliano, *"que nos diferenciamos del bruto, es por la paciencia que actuamos como seres humanos, teniendo uso de razón."* Esto significa que cuando se pierde la paciencia, también, en cierto sentido se pierde la mente; nuestro espíritu no está en nuestro poder; la pasión domina y ciertamente nos asemejamos a los animales que no tienen inteligencia, sino sujetos al bálsamo de sus apetitos e instintos.

"¡Qué cobardía!", —exclama Aristóteles, "¡Qué bajeza, el dejarse vencer por la impaciencia, dejarse llevar por la ira y dejarse abatir por la menor de las pruebas!"

Los filósofos de la antigüedad han pronunciado grandes halagos sobre esta virtud moral. Séneca eleva al hombre paciente sobre todos los demás. Un discípulo de Plato dice: *"Él desarrolla un arte que pertenece sólo al Todopoderoso, cuando sufre con paciencia los reversos de la vida porque cambia el mal por bien, haciendo con la voluntad lo que comenzó como un accidente independiente de ella."*

Dejemos a un lado los filósofos paganos, porque como decía San Cipriano: *"Pues como no tuvieron la verdadera sabiduría, también fueron ignorantes en la verdadera paciencia."* Esta virtud Cristiana está fundada en la humildad del corazón, pero aquella de los filósofos paganos estaba realmente basada sobre el orgullo. Era una virtud mundana. La paciencia cristiana viene del Cielo y es del Cielo que obtiene su brillo y gloria.

San Ambrosio llama a esta virtud: "La madre de todos los hijos de la Iglesia". Dice este santo doctor: ¿Qué es lo que hace un hijo cuando se ve a sí mismo necesitado? Él corre a su madre. Si tiene hambre, si alguien le ha pegado, si tiene algún dolor, si está triste, si está enfermo, su único objetivo es lanzarse en las manos de su madre, porque allí sabe que encontrará el remedio a sus problemas. Su buena madre lo consuela, ayuda y guía su valentía para enfrentar todos sus miedos y pruebas. Un hijo de Dios debe hacer lo mismo. Debe considerar a la paciencia como a su madre y recurrir a ella en todo lo que desea, y siempre recibirá gran consuelo de ella.

Tertuliano compara a la paciencia como un casco o mejor dicho como un escudo impenetrable. Detrás de la protección del escudo, no se teme ningún daño, ningún golpe mortal. Por el contrario, se ríe de todo daño y triunfa sobre todo ataque. *"Fue con la ayuda de este escudo", —dice Tertuliano, "para ese trabajo santo, con el que Ese glorioso capitán del Señor de los Ejércitos, soportó todo el ataque de las tempestades, y fue por ella que rechazó toda violencia sufrida. Siempre firme en el combate, siempre superior a su ataque, el mal se llenaba de vergüenza y confusión cada vez que intentaba comprobar Su virtud"*.

Para San Crisóstomo, dice que la paciencia de un cristiano es como una inexpugnable fortaleza. Dice este santo doctor: "Móntense sobre esta fortaleza, y allí, sin ninguna flecha, sin ningún arma ofensiva, desafíen al más poderoso enemigo. Sí, que todas las criaturas se armen a sí mismas para aplastar al enemigo, —que cada aflicción, que cada sufrimiento recaiga sobre ella, así como con tantos constantes enemigos que quieren su destrucción. Si ustedes no abandonan a esta torre invencible de la paciencia en la cual están inmiscuidos, serán siempre victoriosos y todos los dardos de sus enemigos se romperán a sus pies."

San Gregorio llama a la paciencia, "la primera y la guardiana de todas las virtudes."

Así como la raíz es la fuente de la que el árbol obtiene su sustancia, de la que recibe la vida que lo anima, el vigor que lo sostiene y que da los frutos que soporta. Así, la paciencia es el principio vivificante que causa al espíritu de fortaleza fluir dentro de nuestra alma necesario para mantenernos en estado de gracia. Es la paciencia la que nos la da la vida, de cierto modo también a todas las virtudes, que soporta los frutos de la salvación y los preserva para la vida eterna. San Cipriano dice: "La paciencia es la que nos permite permanecer en Jesucristo, nos conduce hasta Él, hacia el Seno de Dios." **La paciencia amansa la impetuosidad de nuestras pasiones. Ella reprime los violentos movimientos del orgullo y nos consuela en nuestras aflicciones. Nos sostiene en los tormentos, nos mantiene en paz en medio de la guerra. Es la paciencia que nos hace humildes en la prosperidad, contentos en la adversidad, casi insensibles en las penas y desprecios. Por la paciencia, perdonamos las ofensas recibidas, soportamos la persecución del malvado y santificamos nuestros sufrimientos. La paciencia hace nuestra fe inamovible, nuestra esperanza invencible y nuestra caridad heroica.**

Tertuliano le atribuye a la paciencia todos los efectos que San Pablo describe para la caridad. *"¿Por qué?", —dice este padre, "¿Está la caridad llena de dulzura? ¿Por qué está sin el orgullo y la ambición? ¿Por qué ella sostiene todas las cosas? Ciertamente, él responde, porque la caridad es la paciencia."*

San Santiago en sus Epístolas nos dice que "la paciencia tiene un trabajo perfecto" (Santiago 1,4) —esto significa, que la paciencia hace al hombre perfecto, no sólo porque a través de la paciencia él practica todas las virtudes, sino porque las corona todas con una gloriosa perseverancia. **Los santos Padres dicen: "luchen, sí, es verdad; pero la paciencia sola obtiene la victoria y se lleva el premio."**

San Beda el Venerable, no deseaba otra marca de una virtud consumada que la de la paciencia. Él decía: **"Aquel cuya paciencia no pueda ser arrebatada, se comprueba que alcanzó la perfección."** Y san Agustín estima la paciencia como un don tan preciado que *"Dios mismo", —dice el santo Doctor, "que por Su propia naturaleza no puede sufrir, de cierto modo, deseó que esta virtud no fuera querida para Su gloria; y fue por esta razón que se hizo hombre. Él hizo el mundo por la acción pero lo redimió por el sufrimiento; y como la redención es una obra más grande que la creación, el poder del sufrimiento le pareció de mayor gloria a Dios que el poder de la acción. Por lo tanto, la paciencia ha cambiado su carácter, ya que Dios ha unido esta virtud a Su propia naturaleza. Por ende, ya no es un cualidad servil, sino una virtud regia, celestial y divina."*

Querido portador de la cruz, carguemos nuestras cruces con paciencia en imitación de los pasos de Jesucristo. **La paciencia de Jesucristo por sí sola es suficiente, tanto que no tiene necesidad de hacer milagros para probar que es Dios.** De modo, que nosotros y los judíos no tenemos excusas para no tener esta marca por la que se reconoce al Hijo de Dios, por no cargar nuestras cruces diarias detrás de Sus pasos.

En el camino hacia el Gólgota, la paciencia actuará como una madre para consolarnos y fortalecernos hasta el final. Que la gracia de Dios nos ayude en hacer vida esta virtud de la victoria y en anunciar la victoria de la Cruz en el mundo entero. Amén.

LA CONSIDERACION DE NUESTROS PECADOS NOS INSPIRA A CARGAR NUESTRAS CRUCES CON PACIENCIA HACIA EL CALVARIO.

Llegará el momento en que no experimentaremos ninguna dulzura en esos pensamientos que anteriormente nos llenaban de gozo aun cuando sufríamos más. La santa meditación sobre la bondad de Dios, sobre el amor de Cristo que nos inspiraba tanto coraje, ya no le dirá nada al corazón. Regresaremos a ello pero no obtendremos la fuerza de ellos. Nuestra alma se encontrará en un estado de absoluta sequedad que irá languideciendo en tal debilidad, tristeza y desánimo que nuestro dolor será casi insoportable. ¿Qué debemos hacer entonces, en este tiempo de angustia y de abandono interior?

Qué dulce será pues el entrar en nuestro interior y recordar los pecados pasados a fin que este pensamiento humillante nos inspire un profundo sentimiento de dolor al ver nuestros pecados y podamos descubrir, por esa luz interior que ilumina cada alma fiel, cuán justo es que suframos para satisfacer a la Divina Justicia. Qué consolador es pensar que nuestras aflicciones llevadas con paciencia nos reconcilian con Dios y nos hacen cada día más y más agradables a este Divino misterio.

"Cuando soy atacado por una enfermedad grave", —dice un santo religioso, "y en gran depresión de espíritu y no puedo encontrar en mí ni un solo buen pensamiento, alguna buena disposición, el remedio que me conforta es la consideración de mis pecados. Yo desciendo hasta la profundidad de mi nada, dentro del abismo de mis pasadas faltas hasta la última

trinchera para defenderme de los ataques del dolor y de la tentación de la impaciencia. El ver mis pasadas ofensas contra Dios me hace siempre más calmado y más resignado en mis sufrimientos. Porque me digo a mí mismo, —¿es que no es justo que alguien tan culpable como yo deba someterse al castigo que ha merecido por sus pecados? ¿No es justo que un cuerpo tan manchado por los pecados deba expiar por el sufrimiento, el placer criminal que ha tomado en contra de la ley de Dios? ¿Qué uno que ha sido tan a menudo rebelde contra la voluntad de su creador deba reparar con la humillación y la tristeza, las heridas que ha infligido a la Soberana Majestad? Si yo hubiera insultado a un igual, sería un atropello que exigiría reparación. Si hubiera desafiado la autoridad de un magistrado, un castigo extremo sería la consecuencia justa de mi crimen. Si me hubiera rebelado contra la Majestad Real del Rey, si lo hubiera indignado, incluso cuando estuviera sentado en su trono, —un crimen como éste se consideraría digno de todos los castigos. ¿Qué castigo entonces, no merecería el rebelarme en contra del Rey de reyes, y declarar la guerra en contra de mi soberano Juez, mediante el esfuerzo, tanto como esté en mi poder, de aniquilar tanto su gloria como a Él mismo? ¡No! No existe en esta tierra reparación alguna. No hay castigo ni hay sufrimiento capaz de expiar suficientemente un solo pecado venial, ni hablar del pecado mortal".

Catalina de Siena dice, *"Si el mar fuera todo fuego, aquel que entendiera un poquito lo que significa el pecado, se precipitaría a sí mismo adentro del mar, para nunca dejarlo si temiera que volvería a pecar en la orilla."* *"En qué abismo de dolor debemos ser sumergidos", —añade Santa Catalina, "si tenemos fe al recordar el pecado que hemos cometido!"*

"¿Será posible", —exclama un penitente cristiano, "que yo haya atentado en contra de la vida de tu Divina Majestad? ¿Qué penitencia debería cumplir para expiar mis crímenes? No, Señor, aun cuando brotaran de mis ojos tantas gotas de lágrimas como gotas hay en el mar, nunca podría ofrecerte una indemnización justa. Si yo soportara en esta tierra por mil siglos todos los tormentos de las almas perdidas y las penas de los mártires, me sería imposible darte reparación suficiente, aun por una de mis ofensas. Entonces, ¿no es justo que yo acepte con amor las cruces que Tú me envías? Y ¿no debería estar yo muy feliz que Te dignas aceptar tan pobre reparación por todos los desórdenes de mi vida?"

Tales son los sentimientos que debes concebir cuando entras en ti mismo y meditas en la amargura de tu alma y en los errores de tu adolescencia. Ésta fue la disposición que animó al ladrón arrepentido en la Cruz. Velo en medio de dolores extremos por su castigo, icon qué paciencia los toleró cuando pensó en sus actos criminales! ¿No has pensado con qué severidad él condena a su compañero por sus rabiosas ocurrencias y blasfemias? Él se sorprende que pecador como era, su castigo no lo había humillado por debajo de la vara que lo hirió, y que a la vista del inocente que sufría en silencio, prorrumpió en quejas y murmullos indignantes. *"Miserable", —dice él, "ni siquiera temes a Dios, tú que sufres la misma condena. Y, en nosotros es con razón, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero este hombre, este hombre inocente, Jesús, no ha hecho nada malo para soportar tales grandes tormentos".*

"¡Feliz ladrón! Tú dices la verdad," —exclama un sabio y pio escritor. "Desde luego, Jesús nunca ha hecho nada de mal, inada más lejos de Él! ¡Sin embargo, sufre y sufre en silencio!, mientras que el culpable a Su lado le blasfema!" ¡Qué lección ésta para que la apliques cuando cargas tu cruz y soportas el dolor con resignación!

Al final de la Revolución Francesa, un sacerdote noble estaba trabajando por la salvación de las almas en un hospital, y dando la ayuda y el consuelo de la religión a un gran número de enfermos y heridos. A este buen sacerdote le dijeron que entre los heridos había un soldado, el rostro de cuya vida parecía un prodigio por estar en tal estado de mutilación. Fue a verlo y encontró a un hombre, cuyo rostro llevaba la impronta de gran calma. *"Mi amigo", —dijo el sacerdote a él, "me dijeron que sus heridas son muy graves."* El soldado herido sonriendo, respondió: *"Padre, levante la sabana de la cama", —lo hizo, y se apartó de horror al ver al*

pobre soldado que no tenía brazos, "Ah", —dijo el herido, "¿Se aparta por un asunto sin importancia? Levante la cubierta de los pies de la cama", —y al levantarla, "Ay, hijo mío", — exclamó el padre caritativo, "¡cuánto te compadezco!" "No", —contestó el soldado, "no me compadezca Padre, sólo he recibido lo que merecía. Así fue como yo traté a un Crucifijo. Yo iba al ejército con mis compañeros. En el camino, nos encontramos con un Crucifijo que había escapado a la furia de los soldados revolucionarios y nos pusimos a destruirlo. Yo fui uno de los más crueles, me subí a la Cruz y con la espada le corté los brazos y las piernas del Crucifijo y cayó. Al llegar al campamento, comenzó la batalla, y en la primera descarga fui reducido al estado que me ve. Pero, ¡bendito sea Dios! Castiga a mis sacrilegios en este mundo por el castigo de la luz de Su Misericordia para así perdonarme del siguiente castigo de Su Justicia, al menos eso es lo que espero de Su gran Bondad."

Pero no sólo es justo que nosotros suframos, a fin de expiar por nuestros pecados, es también un honor. ¿Acaso no es una gloria para el hijo recibir su parte por haber enojado a su padre? O ¿para un buen sirviente, el defender los reclamos desatendidos de su amo? O ¿para un fiel vengar, el daño hecho a su príncipe?

Cuando los amigos del emperador Augusto se opusieron a su diseño de vengar la muerte de Julio César, su padre adoptivo, el joven príncipe respondió: "Estaría manchado para siempre si no vengara el daño hecho a mi padre; muerto en tan vergonzosa manera en un tiempo de paz y por asesinos cobardes que deberían haberlo considerado como el salvador de su país. No, mi odio es demasiado justo, es mi determinación satisfacerlo. El honor de César resuena con voz muy alta en mi corazón y he de vengarlo, ya que, me adoptó como a su hijo es mi deber honrarlo como a mi padre."

Tal debería ser nuestro lenguaje frente a la vista de Jesús Crucificado. El Divino Salvador nos adoptó como a Sus hijos, aún a costa de Su Vida. Él fue muerto de la manera más vergonzosa y cuando moría, nos dejó a nosotros el vengar Su gloria ultrajada.

Pero, ¿en quién debe caer la venganza? ¿Quiénes son los enemigos del Salvador? Mis pecados y tus pecados son los enemigos que debemos vengar del vergonzoso asesinato de nuestro Padre adoptivo y Amigo. Vamos entonces a empuñar la espada hacia nosotros mismos y luchar contra los instrumentos de nuestras iniquidades, contra nuestros miembros culpables, contra nuestra carne pecadora, nuestra alma criminal, que tantas veces ha crucificado al Hijo de Dios.

Su venganza ni siquiera será igual el ardor de los penitentes del desierto para vengar en ellos mismos la gloria ultrajada por el pecado. San Juan Clímaco escribió sobre estos penitentes como testigo ocular de sus austeridades: "Yo vi", —dice este santo religioso, "cubierto de harapos pobres, el pecho magullado y herido por los golpes que se habían dado a sí mismos, pálidos y delgados, como lunares andantes. Algunos se exponen a los rayos del sol ardiente, otros a la severidad del frío. Algunos, que estaban mortificándose con la sed, sólo podían tomar una gota de agua. Otros, después de haber tomado un pedazo de pan, pensaban que eran indignos de comer más que la comida de los animales porque decían que habían vivido una vida completamente animal. Todos estos penitentes pasaban los días y las noches en suspiros y lágrimas. Proferían gritos tan lamentables, que eran suficientes para ablandar a las mismas rocas..."

Queridos amigos de la cruz, que estos penitentes nos inspiren en llevar nuestras cruces con paciencia en nuestro camino hacia el Calvario, el lugar de nuestra crucifixión. Mientras cargamos nuestras cruces por el camino del Gólgota, con el Cordero Inocente de Dios, mientras meditamos en el Hijo de Dios que llevó Su Cruz pacientemente hacia el Gólgota, que la consideración de nuestra vida criminal nos inspire a llevar nuestras cruces diarias con Cristo hacia el Calvario.

EL PENSAMIENTO DEL INFIERNO NOS INSPIRA A LA PACIENCIA

"En todo lo que hagas", —dice el Espíritu Santo, "acuérdate de tu fin y nunca pecarás." (Sirácides 7, 36). No, nunca ofenderás a Dios con la impaciencia o con la resignación en los juicios que te afligen, si recuerdas tu final, esto es, si con frecuencia piensas en lo que pudiera pasar el último día de tu vida, en el momento de tu muerte ante el Tribunal de Dios, en el que serás juzgado y de la sentencia que decidirá para siempre tu eternidad, ya sea una eternidad de felicidad o de miseria.

En esta reflexión, no deseo aterrorizarte con una imagen del castigo del Infierno. Mi objetivo es sólo que consideres algunas reflexiones de consuelo muy idóneas para inspirarte paciencia en tus sufrimientos, y ofrecerte medios saludables utilizados por todos los Santos para alcanzar su santificación mientras cargaban sus cruces hacia el Calvario.

"El pensamiento del Infierno," —dice un santo Religioso, "lejos de causarnos problemas en nuestras aflicciones, debería por el contrario, inspirarnos valor y llenarnos de santo regocijo porque a la vista de estas llamas eternas, deberíamos decirnos, '¡cuán feliz soy de no estar entre el número de aquellas víctimas infelices! Más aun, veo lo que hubiera sido mi suerte, si Dios no me hubiera castigado de acuerdo a Su Justicia; yo hubiera sufrido por mucho tiempo y hubiera tenido que sufrir por toda la eternidad el más terrible tormento. Si yo sufro ahora, al menos mis sufrimientos son útiles para mí cuando son llevados con paciencia por amor a Dios. Ellos borran mis pecados, traen paz a mi alma y me prometen el Cielo. Si las almas perdidas en el Infierno pudieran regresar a la Tierra para expiar sus pecados, ¡qué penitencia no estarían ellos dispuestos en sufrir! Si ellos hubieran, al igual que yo, tolerado los dolores durante sus vidas en la Tierra o cuando experimentaron contrariedades en el destino o en la enfermedad o en la humillación, tal vez, hubieran encontrado dentro de un sufrimiento temporal, el principio de la felicidad que perdieron; tal vez, hubieran entendido la necesidad que tenían de trabajar por su salvación y salvar sus almas. Sin embargo, les sedujo una continua prosperidad, y las buenas cosas de este mundo les hicieron olvidar las bendiciones incambiables de la gloria eterna. Cuántas gracias no le daré a Dios por haberme guiado por caminos que aunque rigurosos en apariencia han estado llenos de misericordia." Tales son los sentimientos del enfermo y de los portadores de las cruces cuando meditan, en paz y en confianza sobre el Infierno.

"Pueda Dios conceder," —dice San Crisóstomo, "que este santo y saludable pensamiento pueda ocupar la mente y los corazones de todo hombre." Dios conceda que este pensamiento pueda ser escrito en todas partes que miremos, leído en las paredes de nuestras habitaciones y ser el tema de todas nuestras conversaciones. De esta forma, no seríamos tan sensibles a los dolores, apasionados al placer; el pensamiento de una eternidad infeliz nos haría despreciar todo lo demás para escapar de sus tormentos.

Si un criminal fuera condenado por la ley ya sea para permanecer hasta la muerte en una prisión espantosa o para sufrir los castigos más crueles, y si pudiera lograr en su juicio la liberación por cualquiera de estas penas, con la única condición de que cada día de su vida piense en los enormes castigos que él debería de sufrir, ¿encontraría alguna dificultad en aceptar una condición tan fácil de cumplir? Sin duda alguna que no. No es entonces sorprendente que mereciendo ser condenados a tormentos eternos por nuestros pecados, y siendo que somos persuadidos, en que ciertamente los evitaremos cargando nuestras cruces con paciencia (lo que deberíamos hacer contemplando con frecuencia el dolor eterno que hemos merecido), ¿no es sorprendente entonces, que meditemos tan poco sobre el Infierno y que incluso temamos pensar al respecto?

Santa Teresa, encontrándose muy triste un día, abrumada por juicios interiores y por sufrimientos corporales, estaba a punto de dejarse llevar por tantas aflicciones, cuando nuestro

Salvador Divino se le apareció para fortalecerla contra su depresión mental, le mostró el abismo del Infierno con su castigo y también el puesto que ella allí ocuparía para toda la eternidad si continuaba viviendo tan imperfectamente su vida. Esta gran Santa se aterrorizó con la visión, se postró a los Pies de Jesús, derramando lágrimas de gratitud y de arrepentimiento, dándole miles de gracias por haberla arrebatado de la miseria. A partir de ese momento, nunca más se quejó de sus sufrimientos, incluso le parecían dulces y placenteros cuando pensaba en los tormentos que hubiera tenido que soportar; y desde entonces, siempre buscaba con ardor el sufrimiento y los hizo su delicia. Cuando su cuerpo se quejaba de las grandes dolencias o de las austeras penas con las cuales lo mortificaba, ella lo hacía descender al Infierno, mostrándole sus abismos; *"mira cuerpo infeliz", —le decía, "el lugar donde deberías haber estado, tus sufrimientos son nada en comparación con lo que has merecido"*.

Queridos portadores de la Cruz, este pensamiento de Santa Teresa pasó a ser un escudo invencible con el cual ella rechazó toda tentación y resistió a todos los asaltos de dolor.

"Si no se desciende al Infierno después de la muerte," —dice San Bernardo, "se desciende al infierno en espíritu durante la vida. Considera sus espantosos castigos, sus terribles tormentos que nunca tendrán fin, esa prisión oscura y horrorosa donde no habrá posibilidad alguna de escape. Contempla esas llamas eternas que penetran a los condenados incluso hasta en la parte más interna del ser y que queman sin consumirse. Mira aquellas cadenas de fuego, que atan a los condenados por todas partes; aquellos seres de espíritus infernales cuya alegría es infligir las torturas más crueles. Escucha los llantos, los quejidos, los alaridos desesperados de sus víctimas infelices y date cuenta si no es temible y terrible caer en las manos del Dios viviente" (Heb. 10, 31).

Entonces, cuando nos hallemos a nosotros mismos sumidos por el dolor, permitámonos en espíritu meditar sobre el borde del precipicio del abismo del Infierno. Imaginemos el lugar donde pudiéramos estar si Dios en Su Santidad no hubiera sentido lástima de nosotros. Comparemos el castigo de la eternidad con las ligeras penas que debemos sufrir en esta vida; y lejos de quejarnos de nuestros sufrimientos y lejos de murmurar contra la Divina Providencia que nos los envió, levantémonos en nuestras pruebas. De modo que, bendeciremos mil veces como lo hizo Santa Teresa, la adorable dispensa de Dios en nuestro favor. Tal es la enseñanza de los Santos y de los Doctores santos de la Iglesia, y los Santos nos lo confirman con su buen ejemplo.

Lo que predomina en las palabras de las Escrituras, cuando nos muestra los dolores del Infierno, es la terrible tortura del fuego. Las Escrituras llaman al Infierno una "piscina de azufre y fuego", "la Gehena del fuego", "el fuego eterno", el horno ardiente donde el fuego nunca se extinguirá. "Pero este fuego atado por la Divina Justicia poseerá una actividad incomparable superior a aquella de todos los fuegos del mundo. ¿Hemos comprendido cómo será posible soportarlo? ¿Y, cómo será necesario habitar en él como eterna morada? "¿Quién de ustedes, — preguntan los profetas, "podrá habitar en el fuego consumidor? ¿Quién de ustedes podrá soportar arder en llamas eternamente?" (Isaías 33, 14).

En el dogma del Infierno por el Padre F. X. Schouppe S. J., leemos del Padre Nuremberg que habla de un Obispo que por un permiso especial de Dios, recibió la visita de un infeliz pecador que había muerto impenitente poco tiempo antes. Dirigiéndose al prelado, esta alma condenada reclamó si todavía había hombres en la Tierra. Como el Obispo parecía demasiado asombrado por la pregunta, el condenado agregó: *"Desde que estoy en esta tristeza arriba, he visto entrar tal prodigiosa multitud que estoy confundido pensando ya que no haya más hombres en la Tierra"*. Este discurso nos recuerda aquel del Salvador en el Evangelio: *"Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; más qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo encuentran" (Mateo 7, 13-14).*

Nicolás de Nilo, hablando del Infierno dice, que nada sobre la Tierra pudiera dar una idea sobre lo que es. Añade que si todos los árboles del bosque fueran cortados, amontonados en una pila y colocados al fuego, esta terrible pila no sería ni una chispa del Infierno.

Vicente de Beauvais, en su libro vigésimo quinto, narra el siguiente hecho que cuenta sucedió en el año 1090: Dos jóvenes liberales hicieron, ya fuera en broma o seriamente, una promesa mutua: "*Que cualquiera de los dos que muriese primero vendría a decirle al otro en qué suplicio de la hoguera estaba.*" Así uno de ellos murió, y Dios le permitió aparecer a su compañero. Estaba en un estado terrible y parecía ser la presa de crueles sufrimientos que lo consumían en llamas y cubierto de sudor. Él secó su frente con su mano y dejó caer una gota de su sudor sobre el brazo de su amigo, mientras que le decía: "*Ése es el sudor del Infierno, y tú cargarás su marca hasta la muerte.*" Este sudor infernal quemó el brazo del hombre vivo y penetró en su carne con dolores inauditos. Él fue beneficiado de esta terrible información, retirándose a un monasterio.

Pedro, el venerable abad de Cluny, narra un incidente del mismo tipo. Un hombre moribundo persistió en el pecado y estaba a punto de morir impenitente. Quemado por la fiebre y torturado por la sed, pidió agua fría para enfriarse. Dios permitió, gracias a las oraciones ofrecidas por este miserable hombre, que dos espíritus infernales se le aparecieran de forma visible. Ellos tenían una copa que contenía un líquido dejando caer una gota sobre la mano del hombre enfermo diciendo: "*Ésta es el agua fría utilizada para enfriar el Infierno.*" Este líquido infernal pasó a través de la mano quemando la carne y los huesos. Los que estaban presentes vieron con asombro este terrible fenómeno, así como el pedido del pecador, quien se retorció y giró en indecibles sufrimientos. Si así es como quema el agua fría del Infierno, ¿qué harán entonces el agua hirviendo y el azufre ardiente?

Pecadores infelices que se apegan en descansar en las ilusiones del mundo y vivir como si no existiera el Infierno, estarán horrorizados de las catástrofes. En medio de sus placeres, caerán en la fosa de los tormentos. El desastre de la Kivoto nos da una imagen de una catástrofe aún más terrible, que les espera más temprano que tarde.

Kivoto fue un café ubicado en Smyrna, construido sobre pilotes en el mar. Las gruesas estacas que mantenían la casa por encima de las olas del mar y por el continuado roce con el agua, hicieron que perdieran su sólido contenido. El 11 febrero de 1873 a las 10 pm, doscientas personas se habían reunido para presenciar un espectáculo cómico. Se estaban divirtiendo, cuando de pronto escucharon un temible estruendo. En ese momento todo se convirtió en desorden, la casa con su teatro y espectadores fue precipitada hacia adelante y luego consumida por el mar. ¡Qué horrible sorpresa para esos aficionados! ¡Pero una sorpresa más trágica aguarda a los mundanos! Llegará el día en el que del centro de esos placeres, de repente se contemplará a sí mismo arrojado dentro de un mar de azufre y fuego.

En la noche del 31 de marzo-abril de 1973, un buque de vapor majestuoso y magnífico se fue a pique en el banco de Canadá cerca de Halifax en el Atlántico. Con el miembro a bordo, los pasajeros y la tripulación eran alrededor de 950 personas, de las cuales, 700 se perdieron en este naufragio. La mayoría de ellos estaban envueltos en ovejas cuando el buque casi instantáneamente se hundió devorado por el mar en medio de su respuesta. Se despertaron en el agua y se ahogaron antes de poder darse cuenta del terrible accidente que les acababa de suceder. ¡Qué despertar tan temible! Pero más terrible por mucho, será el despertar del ateo cuando de pronto se vea en el Infierno.

El 28 de diciembre de 1879, se construyó el puente antiguo de Tay. El tren de Londres a Edimburgo pasa por Tay, cerca de Dundee, sobre un puente de hierro de media legua de largo. ¡Una tormenta terrible que había aumentado las olas rompió el puente durante el día, llevándose varios arcos a pesar del hierro, travesaños y pilares! Estos arcos, al caer dejaron un espacio vacío que no fue percibido por la oscuridad. A las 7:30 pm, el tren expreso que venía

desde Edimburgo llevando a cien pasajeros, que montó sobre el puente fatal y pronto se cayó en el espacio vacío arrojado a las olas. No se oyó ni un grito, pues en un abrir y cerrar de ojos las víctimas se encontraban en la profundidad. ¡Qué sorpresa! ¡Qué cambio tan repentino! Pero, ¿qué será cuando el pecador se vea más a sí mismo, en un abrir y cerrar de ojos, en la boca del Infierno?

Así es como el Hijo de Dios nos habla sobre el Infierno: *"¡Ay del mundo a causa de los escándalos! Es inevitable que existan pero ¡ay de aquel que los causa! Si tu mano o tu pie son para ti ocasión de pecado, córtalos y arrójalos lejos de ti, porque más te vale entrar en la Vida manco o lisiado, que ser arrojado con tus dos manos o tus pies en el fuego eterno. Y si tu ojo es para ti ocasión de pecado, arráncalo y tíralo lejos, porque más te vale entrar con un solo ojo en la Vida, que ser arrojado con tus dos ojos en la Gehena del fuego"* (Mateo 18, 7-9).

"No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien a aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo a la Gehena" (Mateo 10, 28).

"El pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado. En la morada de los muertos, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él. Entonces exclamó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque estas llamas me atormentan" (Lucas 16, 22-24).

"Luego dirá a los de su izquierda: "Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles" (Mateo 25, 41).

Y, ¿qué era lo que yo tenía que hacer para ser salvado? ¡Tan poquito! El corresponderle con sinceridad a Dios, el terminar con el apego criminal, el dejar esa compañía maligna, el soportar una herida, el abandonar proyectos ambiciosos, el sufrir una enfermedad con paciencia!

Pero para las almas perdidas en el Infierno, ¡no habrá más oportunidad de hacer penitencia, ni la posibilidad de practicar austeridades, no habrá perdón! Si un ángel les anunciara que al final de 100 millones de años su tormento terminaría, ya no sería más Infierno para ellos, en vez del llanto de desesperación que se oye continuamente, se oiría a cambio el gozo y el agradecimiento que se eleva incesantemente al Cielo.

Pero no para los condenados, la altura de su miseria, ésa que constituye el Infierno, es la duración sin fin del tormento, "la eternidad de los años cuyo peso aplastador cae sobre ellos como montañas. Ellos siempre querrán morir pero la muerte siempre se apartará de ellos. Ellos invocarán el auxilio de las criaturas. Ellos conjurarán a los elementos que los aniquilen. ¡Montañas cúbrelos, caigan sobre nosotros, llama vengadora consúmenos! ¡Vano deseo! ¡Oraciones ineficaces! Ellos buscarán la muerte pero ¡no la encontrarán! San Agustín decía: —*¡Oh, muerte qué placentera serías para esos infelices réprobos a quienes una vez te les apareciste tan amargamente! Aquellos que una vez te recibieron en horror, ahora te llaman en su auxilio. ¡Ven oh muerte y ponle fin a nuestros sufrimientos, llévanos de esta terrible existencia, destrúyenos, consúmenos, aniquílanos!*"

Querido portador de la cruz, meditemos a menudo en esta gran verdad ligada a una eternidad de infelicidad, para que el pensamiento del tormento que se vive en el Infierno nos ayude y anime en nuestra paciencia, mientras cargamos nuestras cruces al Gólgota, el lugar de nuestra crucifixión.

EN EL CAMINO HACIA EL CALVARIO, EL PENSAMIENTO DEL CIELO NOS ALIVIA TODAS NUESTRAS CRUCES.

Elevemos hoy nuestros ojos a la asamblea gloriosa de los bienaventurados: Consideremos el honor concedido a sus virtudes, la felicidad indescriptible que disfrutaron, y exclamemos con los apóstoles en medio de nuestras cruces y tribulaciones: *"No. Todos estos sufrimientos presentes no son dignos de ser comparados con la gloria verdadera que esperamos en el Cielo."* Esta gloria es tan grande, tan superior a toda idea humana que, *"el ojo no vio, ni el oído oyó, ni entró en el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman"* (1 Cor. 2, 9).

Santo Tomás dice que la felicidad del Cielo es, en un sentido infinito, porque es a Dios a quien veremos, es a Dios a quien amaremos, es a Dios a quien poseeremos por siempre de conformidad con el alcance de las facultades de nuestras almas. Veremos a Dios en el Cielo. ¡Oh, felicidad indecible el ver a Dios!

Un espíritu maligno hizo un día una confesión a un exorcista que le pidió por la autoridad de la Iglesia, decir qué pensaba él sobre la felicidad del Cielo: *"Ah", —chilló de desesperación, "¡pobre de mí que perdí tan gran bendición! Si Dios me diera la oportunidad de darme un cuerpo desearía al menos poderlo ver por un instante, felizmente trabajaría en escalar del abismo más profundo del Infierno a la parte más alta del Cielo sobre un pilar de gruesas espinas y espadas punzantes y afiladas. Yo estaría deseoso con ese cuerpo en encontrar estos formidables instrumentos y habiendo llegado al tope de la columna cubierto de sangre, casi sin vida, me vería a mí mismo como bien pagado si tuviera la felicidad de ver a Dios aunque sea por un solo instante"... ¡Qué forma de expresarlo!*

En el Cielo, en primer lugar, vamos a ver a Dios en Sí mismo y tal como Él Es en Su esencia Divina. Veremos la Fuente Infinita de la vida y la belleza, el inmenso abismo de la Santidad y la Perfección, ese Océano de todo Bien insondable sin orilla. Veremos la infinitud de Su Naturaleza, la inmensidad de Su Grandeza, la eternidad de Su Duración, la grandeza y la gloria de Su Majestad. Vamos a admirar la Sabiduría de Sus Consejos, la profundidad de Sus Juicios, la fuerza de Su Poder, el rigor de Su Justicia. Vamos a contemplar la dulzura de Su Bondad, la paciencia de Su Misericordia, la ternura de Su Amor y la realización de Su Providencia. Veremos los inventos admirables de Su Caridad para atraernos a Él y desapegarnos de las criaturas. Reconoceremos entonces, lo que tenemos tanta dificultad en entender ahora, que todas las cruces con que nos aflige en esta vida, son tantas gracias que quiere darnos para llevarnos al Cielo. *"Lo veremos en una Belleza deslumbrante que la mente humana no puede formarse una idea", —dice Santa Teresa, "una Belleza cuyos encantos deslumbra los ojos sin dañarlos; tan Justo que arrebatara los sentidos, y cuya fuerte y celestial Luz infinitamente supera a la del sol."*

En el Cielo, amaremos a Dios. El amar es el acto más dulce del alma; es el sentimiento más delicioso que tenemos. Es la más dominante inclinación de nuestro corazón. Es esto lo que hace de la vida un encanto y suaviza lo más amargo.

¡Oh, qué vida tan feliz y bendecida! ¡Vida toda de amor! Tan inmensa mayor a lo que hay en nuestro interior, esos deseos infinitos de gozo y felicidad que todos experimentamos; esa continua y dolorosa sed por nuestro mayor bien que no puede ser saciada por placeres mundanos; todos estos clamores de nuestra naturaleza serán compensados y satisfechos hasta la saciedad.

Finalmente, en el Cielo poseeremos a Dios, porque Dios le dijo a Abraham: *"No temas, Abram. Yo Soy para ti un Escudo. Tu recompensa será muy grande."* (Gen. 15, 1). Sobre la Tierra, una de nuestras más fuertes y activas pasiones es nuestro deseo de poseer grandes riquezas. El hombre, desea siempre el acrecentar y multiplicar su dominio y propiedades y magnificarlas como si se tratara de él mismo. Él cruza el océano para amasar un poco de oro y viajaría al fin del mundo para obtener un pedazo de tierra. ¡Extraña ilusión!

Su Corazón se mantiene tan estrecho como el poco de tierra que ha adquirido. Y por esta posesión, él se vuelve más insaciable. En el Cielo, no es lo mismo, nosotros poseeremos a Dios, que significa poseerlo todo.

Terminemos esta reflexión con una cita de Tertuliano sobre este tema. En el libro que compuso para el consuelo de los mártires, Tertuliano menciona una costumbre singular que todavía se mantenía en su tiempo entre los lacedemonios. Los legisladores de esos espartanos orgullosos, con el fin de entrenar a sus hombres de campo a una vida difícil y laboriosa y para hacerlos capaces de soportar las pruebas más severas de trabajo y de dolor, asignó a los jóvenes algunos ejercicios corporales que eran extremadamente violentos y dolorosos. Uno de los más notables fue el siguiente: niños de la nobleza se reunieron en uno de los templos en presencia de sus padres y amigos. Ante el altar fueron expuestos diversos premios de poco valor en sí mismos pero de gran peso por la opinión pública, para otorgarse a aquellos niños de mayor valentía, es decir, para los niños que sufrieran con la mayor firmeza e impassibilidad una cruel y sangrienta flagelación. Era un espectáculo horrible pero aún digno de admiración al ver esos niños todos cubiertos de llagas y bañados en sangre manifestando su alegría bajo la cruel flagelación. Los padres, espectadores tranquilos de este acto bárbaro, aplaudieron su intrepidez; lejos de manifestar su compasión, les decían que mejor era morir que quejarse, porque a sus ojos, la mayor gloria de sus hijos era primero perder la vida que el coraje y rendirse ante el dolor.

"¡Qué lección para nosotros!", —exclama Tertuliano, dirigiéndose a los mártires, y para todos los afligidos y los que cargan la cruz en sus personas, "¡qué lección para los cristianos! Porque si el deseo de una muerte y gloria pasajera e imaginaria inspiraba a aquellos niños paganos con tan gran valentía, ¡qué efecto no ha de tener el deseo de la gloria y felicidad eterna para los cristianos! Y si estos delicados corderos eran voluntariamente ofrecidos a la flagelación con el fin de adquirir cierta reputación por su valentía, ¿cómo debe un cristiano con la vista puesta en el Cielo y con la esperanza de las recompensas destinadas por nuestro Señor para nosotros, temer soportar ligeros sufrimientos para asegurarse en obtener esa felicidad sin fin? Si la arcilla de los honores mundanos es tan apreciada, ¿cuánto más nosotros deberíamos estimar el preciado oro de la gloria celestial?"

Te quejas que estás encadenado al ver ante ti el horror de la muerte, experimentar el peor tratamiento, ser privado de los alimentos, abandonado por los amigos, separado de tus relaciones, más por mil problemas interiores que se suman a todas estas aflicciones externas. Pues, hijos de los sufrimientos, los exhorto por la misericordia y el amor de Jesucristo, a que no se desalienten; levanten sus ojos al Cielo y vean a su Divino Salvador esperándolos para hacerlos herederos de Su Gloria.

San Esteban vio a Jesús en el momento que fue apedreado, después de esa visión no sintió más dolor. Él vio a sus asesinos como ángeles que lo estaban coronando y las piedras que les tiraban como perlas preciosas rodeando su cabeza como diadema. Oh, miren arriba hacia el Cielo y ya no estarán sensibles sobre sus cruces. Veán el trono inmortal donde luego se reposarán, la indecible felicidad que disfrutarán, la corona de la gloria prometida por su paciencia, los torrentes de alegría con los que serán embriagados para siempre, y ante esta vista, tu alma dirá adiós a la Tierra y arderá con vehemente deseo de cortar la atadura y volar hacia la beatitud eterna.